

que tienen hijas hermosas y honestas; y así va pasando la vida por cuatro ó cinco años despues de su colegio, en espera de algunas elecciones ó revolucion, que lo lleven á otro teatro, en el que, decididamente habrá de sentar plaza de hombre grande y de cierta importancia.

Tal es la historia, ménos repugnante en las apariencias, de innumerables jóvenes, hijos de padres descuidados en cuanto al deber de conservar á sus hijos en la religion en que nacieron; de padres que contentos con darles una carrera aunque sea á expensas de su fé, los entregan á establecimientos ó profesores impíos; de padres que miran con la mayor indiferencia la perdicion de sus hijos por las malas compañías y pésimas lecturas. Que en cuanto á otros jóvenes, ménos afortunados segun el mundo, educados del mismo modo que aquellos, é igualmente perdidos en cuanto á religion y costumbres, pero sin posibilidad de encubrir su libertinaje con el barniz que los primeros, por medio de alguna profesion lucrativa ó con el nombre de su familia, á estos decimos, es preciso buscarlos al principio, en los cafés de peor nota, ó aún en las cantinas y garitos, para encontrarlos despues en las cárceles ó en los presidios.

¡Padres y madres de familias católicas! Mirad, atended, entended. Vuestra atencion á lo que actualmente está pasando en el seno de innumerables familias, os dice á gritos que no exageramos: que antes por respeto á nuestro sublime carácter nos quedamos bien cortos, y no descendemos á pormenorizar los escándalos y los horrores, que todos los días llegan á nuestros oídos. Pues bien: como la misma razon os dicta que no hay efecto sin causa, preciso es que reconozcais que alguna ha de haber para que con tanta generalidad se pierdan á bandadas los jóvenes en el sentido del libertinaje y de la irreligion; y como la más ligera revista de la conducta imprevista y descuidada de muchos de vosotros para con vuestros hijos, presenta motivos más que sobrados para afirmar que tal causa está precisamente en esa falta de prevision y esos descuidos, temblad, sí, temblad; porque descuidais uno de los más sérios deberes que os impone la Religion que profesais: porque por razones y motivos mundanos, exclusivamente mundanos, anteponeis á Jesucristo ese mismo mundo su capital enemigo: porque colocados en la alternativa de procurar á vuestros hijos una educacion cristiana, que los excluirá tal vez en la época de los honores y de los puestos públi-

cos, ó de confiarlos á la impiedad reinante para que los eduque á su manera y les abra el camino de la fortuna; optais por este segundo término de semejante alternativa, desentendiéndoos para ello de las más solemnes y formales promesas de vuestro bautismo, con que renunciasteis á ese mundo que ahora os trastorna y enloquece; de la voz de vuestra conciencia, que os advierte continuamente sin piedad, por más que lo disimuleis, que con tal conducta, fatal para vuestros hijos, correis apresuradamente á vuestra propia perdicion y condenacion; puesto que segun la palabra de Dios ¹ *el que no tiene cuidado de los suyos, mayormente si son de la familia, este tal ha negado la fé, y es peor que un infiel.*

Como en esta vez nos dirigimos únicamente á los padres y madres, que aún permanecen firmes en su profesion de la fé católica, parécenos bastante lo que llevamos dicho, como por vía de recuerdo de sus más estrictos deberes, á fin de estimularlos á apartar á sus hijos de los establecimientos anticristianos, así como de los profesores descreídos y lecturas impías.

Mas como Su Santidad nos habla en la Encíclica que hemos citado, sobre la necesidad de que la buena educacion de los hijos, *comience desde la edad tierna, en la misma sociedad doméstica*, no terminaremos esta carta, sin llamar la atencion de los padres y madres católicos hácia el desórden y el descuido, que reina sobre este punto tan interesante, aún en el seno de muchas familias que no han renunciado á su fé.

Pero ántes de hablar de lo que actualmente pasa con tanta generalidad, expondrémos brevemente los principios y reglas de la doctrina enseñada por la Iglesia en órden á la educacion doméstica de los hijos en esta edad primera.

Las pasiones, segun la doctrina católica, se encuentran en el alma de los niños á la manera que las semillas de los cardos, de los abrojos y de las espinas se encuentran en una tierra que se trata de labrar; es decir, que se manifiestan y brotan por sí mismas, sin necesidad de ajeno impulso, del mismo modo que aquellas nacen y crecen hasta ser

¹ 1^a ad Timoth. c. 5, v. 8.

yerbas nocivas y dañinas, sin trabajo alguno de parte del labrador. Así como para arrancar y exterminar semejantes yerbas, es necesaria la continua y constante fatiga del labrador; así también para sufocar y extirpar los primeros arranques de las pasiones nacientes, se requiere una continua y perseverante vigilancia de parte de los padres: porque de lo contrario, del mismo modo que la tierra bajo la acción del labrador perezoso y descuidado nunca producirá útiles y lozanas plantas de la buena semilla que en ella se siembra, así también el alma de los niños, en quienes no se ha procurado extirpar por medio de la corrección la mala simiente de las pasiones, nunca podrá ser apta para el cultivo de las virtudes que en ella se trate de implantar con la educación.

Triste verdad es esta, carísimos hijos en Jesucristo, pero verdad en que no puede caber la menor duda, probada como está por la experiencia cotidiana de todos los siglos, y reconocida no solo por la Iglesia, lo que bastaría para vosotros que sois católicos, sino aun por todos los sabios así del presente siglo, como de los que nos han precedido, aun de la antigüedad pagana, sin otra excepción que la de la escuela impía y ateista, empeñada en negar la caída ó el pecado original.

Segun esto, la Iglesia enseña: que es un deber en los padres, y de los más sagrados deberes, trabajar sin descanso, en reprimir las pasiones de los niños á medida que se manifiestan: que sería causar á los mismos niños un perjuicio enorme, sufrirles todo, bajo el pretexto de que son aún demasiado tiernos para conducirse por la razón; y que en consecuencia, los padres deben sobreponerse á todo lo que sus hijos dicen y hacen fuera de propósito, en consideración á que su alma es como una tierra, en que es menester trabajar con paciencia infatigable, para arrancar las malas yerbas, y prepararla á fin de que puedan fructificar en ella las semillas de las verdades y de las virtudes cristianas.

La Iglesia se funda para esto, no únicamente en la experiencia de lo que es y ha sido siempre el niño desde la caída original, ni en las enseñanzas de la misma sabiduría humana, que por sus legisladores, filósofos y escritores de todo género ha reconocido y proclamado siempre tales verdades; sino primera y muy principalmente en la palabra del mismo Dios, quien en las Sagradas Escrituras nos inculca á cada paso, ser éste el único sistema racional que debe seguirse en la educación de la niñez y de la juventud. *¿Tienes hijos?* nos dice en el Sa-

grado Libro del Eclesiástico ¹ *adoctrínalos y dómalos desde su infancia. ¿Tienes hijos? ceta su honestidad, y no les muestres demasiado complaciente tu rostro; y en el de los Proverbios ² prescribe: No escases la corrección al niño. . . . Aplícale la vara del castigo y libráras su alma del infierno; y luego en el mismo Libro ³ vuelve á enseñar: que el castigo y la reprensión acarream sabiduría; pero el niño abandonado á sus antojos, es la confusión de su madre; porque, vuelve á decir en el Eclesiástico ⁴ Al modo que un caballo no domado se hace intratable; así un niño abandonado á sí mismo, se hace insolente. Halaga al hijo y te hará temblar; juega con él y te llenará de pesadumbres. . . . Dóblale la cerviz en la mocedad y castígale mientras es niño; no sea que se endurezca y te niegue la obediencia y tu alma sea penetrada de dolor; y haciéndose cargo en el mismo Sagrado Libro, del amor natural de los padres hácia sus hijos, previene que este amor debe ser ordenado y racional, diciendo: *El que ama á su hijo, le hace sentir á menudo el castigo, para hallar en él al fin su consuelo.**

Conforme á estos y otros muchos pasajes y sentencias de las Divinas Escrituras, que omitimos en gracia de la brevedad, la Iglesia al ocuparse en su enseñanza, de la conducta de los padres para con los hijos, inculca y recomienda las siguientes reglas, que por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo, rogamos y suplicamos á todos los padres de familia de nuestra Diócesis, tengan siempre presentes, á fin de no desviarse de ellas en el gobierno y dirección de sus casas.

PRIMERA. Que como el mayor bien, que se puede procurar á los hijos, es la conservación de su inocencia y de la gracia que han recibido en el bautismo, se propongan siempre y por siempre los padres imitar el excelente modelo que en las mismas Santas Escrituras se les muestra en Tobías, de quien dice el Espíritu Santo ⁵ *que tuvo un hijo á quien enseñó desde su infancia á temer á Dios y abstenerse de todo pecado: acostumbra cada uno á los suyos, desde la más tierna edad, á pronunciar é invocar con profundo respeto el Santo Nombre de Dios, inculcándoles ántes que todo y sin cesar, que Dios los mira, y los oye*

¹ C. 7, v. 25 y 26.

² C. 23, v. 13 y 14.

³ C. 29, v. 15.

⁴ C. 30, v. 8 y siguientes.

⁵ Tob. c. 1.º, v. 10.

y vela sobre ellos, en donde quiera que se encuentren, sin que les sea posible ocultarse á su vista, que penetra en todas partes, y que conoce y discierne aun los pensamientos más secretos. Es indecible el partido que los padres, y muy particularmente las madres, pueden sacar de ese prolijo, constante y decidido empeño en inculcar á sus niños siempre y por siempre y á todas horas esta verdad capital, que obra casi siempre de un modo eficacísimo sobre el espíritu impresionable del niño en la primera edad, para apartarlo del mal.

SEGUNDA. Darles tambien en edad muy tierna, una idea exacta de la creencia del Angel de la guarda; haciéndoles comprender por esto el amor tan entrañable que Dios les tiene, hasta destinarles un Angel que vele siempre por ellos, para librarlos de todo mal, si por su parte son dóciles en escuchar y obedecer las advertencias de sus mismos padres, encaminadas á hacerlos buenos y virtuosos: inculcándoles igualmente la verdad de que este su Santo Angel tutelar no los pierde de vista, sino que en todo lugar los acompaña, aun cuando ellos se creen más solos y más al abrigo de las reprensiones de sus padres y de sus mayores.

TERCERA. Infundirles desde muy pequeños la más tierna y filial devoción á la Santísima Virgen, poniendo en sus labios y en su memoria al mismo tiempo que la oración del Padre Nuestro, primera que debe enseñárseles apénas empiecen á articular algunas palabras, la del Ave María, con que se encomienden precisamente á la Santísima Virgen al acostarse y al levantarse, despues de la señal de la cruz y del Padre Nuestro.

CUARTA. Hacer de modo, que conciban un gran respeto á la oración y demás ejercicios de la Religion cristiana, valiéndose de las cosas sensibles y comunes, para elevar sus tiernos entendimientos hácia Dios y excitar en sus pequeñitos corazones sentimientos de adoración, de amor y reconocimiento á su Majestad.

QUINTA. Hablar siempre delante de ellos, de todo lo que mire á las costumbres, no conforme al lenguaje del mundo, sino segun las máximas del Evangelio, mostrándoles mucha estimación y aprecio de las virtudes y de las acciones virtuosas, y manifestándoles una extrema aversión y desprecio de todo lo que es vicioso, injusto y desordenado: previniéndoles desde luego muy especialmente, porque esto es lo que en esa pequeña edad más entienden, contra el hurto, la duplicidad y

la mentira: mostrándose severos é inexorables cuando se les sorprende en alguna de estas faltas, y por el contrario fáciles é indulgentes, cuando ellos mismos confiesan sus propios defectos con muestras de arrepentimiento.

SEXTA. Apartar con el mayor cuidado de la vista y espíritu de los niños cuanto de algun modo pueda corromper su corazón. Para esto, no basta ciertamente preservarlos de que vean ú oigan cosas positivamente malas ó escandalosas; sino que es preciso además, que se procure no tener delante de ellos conversaciones que aunque lícitas, pueden sin embargo, servir para abrirles los ojos antes de tiempo. No se debe por lo mismo conversar en su presencia sobre ciertos desórdenes que si por su publicidad pueden ser materia de conversacion entre personas grandes; sin embargo, para los niños será muy nocivo saberlos. Igualmente no deberán permitirse delante de ellos, conversaciones ni de amoríos, ó galanteos, aunque sea sólo refiriendo lo que se sabe de otras personas; ni de partos; ni de casamientos; ni de amasiatos, aunque sean más públicos que la luz del día: y así de otras cosas cuya noticia ó aun su simple enunciación, sean capaces de excitar la curiosidad infantil. El descuido absoluto acerca de esta precaucion, descuido que ahora reina casi generalmente en las familias, salvas pocas excepciones, anticipa en los niños la malicia, á tiempo en que todavía es necesario para su moralidad en el porvenir, mantenerlos en esa inocencia absoluta, en esa feliz ignorancia de la niñez, mientras que con la educación y la edad, madura en ellos la reflexión, de manera que cuando lleguen á conocer el mal, estén ya su entendimiento y voluntad en aptitud de resistirlo y contrariarlo.

SÉTIMA. Tener mucha eficacia los padres para infundir en el espíritu de sus hijos desde la primera edad, y mantener vivo por medio de la reprensión y corrección, el respeto reverencial hácia sus mismos padres y sus mayores, cuidando de nunca manifestarles su amor y su ternura, de modo que raye en familiaridad y *consentimiento*. El niño ó la niña mimados y consentidos, casi nunca se corrigen cuando son grandes de los graves y á veces muy trascendentales defectos, á que en virtud de ese *consentimiento* se les dejó acostumbrar en la edad primera. De algun tiempo á esta parte se ha hecho como *una moda*, que los niños traten de *tú* á sus padres, tíos y abuelos; y esto contribuye mas de lo que se piensa, á fomentar y fortificar la propension co-